

Para la hora del “Ángelus”.

Lunes, 30/03/2020

La Iglesia nos propone hoy un episodio conocido, pero siempre instructivo: la mujer sorprendida en adulterio y arrastrada por los escribas y los fariseos ante Jesús pidiéndole un veredicto (Jn 8, 1-11). Aquellos dirigentes cometieron entonces tres errores: el primero, ser parciales, ya que sólo trajeron a la mujer, cuando el adulterio es cosa de dos; ¿dónde estaba el otro? El segundo, actuar con torcida intención, pues, más que el bien, buscaban un argumento con el que comprometer a Jesús. El tercero es que fueron unos inconscientes, como quedó patente cuando Jesús, ante su insistencia para que dijera qué debía hacerse con aquella mujer, dejó de escribir en la arena del suelo y les dijo: “el que esté sin pecado, que tire la primera piedra”, a lo que ellos se fueron escabullendo uno tras otro.

Son tres errores sobre los que la crisis sanitaria que sufrimos debería hacernos recapacitar. En esta crisis, hemos visto países que, con dolorosa parcialidad, en lugar de tomar desde el principio las medidas profilácticas que finalmente han impuesto, han querido cerrar el paso a lo que procedía de determinados lugares para blindarse frente a la enfermedad. También hemos visto alguna torcida intención, cuando se ha pretendido argumentar, a cuenta de la crisis, contra los que son considerados enemigos. Y hemos visto no poca inconsciencia en quienes hacían caso omiso de las advertencias más razonables, como si nada malo pudiera ocurrirles por estar sanos y sentirse fuertes.

Como Jesús con los escribas y fariseos acusadores, la crisis nos hace ver que todos somos vulnerables, que nuestra vida es frágil y la existencia lleva marcada una fecha de caducidad, que nos es desconocida, pero segura. Sin embargo, la conversación de Jesús con la mujer, una vez que desaparecieron los acusadores, nos reconforta: “Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado? Yo tampoco te condeno”. Y añadió: “Anda, y en adelante no peques más”. Aquí hay dos enseñanzas que esta crisis puede aportarnos: aprender a ser conscientes de nuestra fragilidad y nuestros límites, cosa que olvidamos con frecuencia; y aprender a vivir haciendo lo que es bueno porque estamos en las manos de un Padre, que nos ha “entregado” su Hijo para que tengamos vida más allá de nuestra inexorable fecha de caducidad.

Dos imágenes presidieron la oración del papa Francisco el viernes último: la del Cristo de san Marcello, impresionante muestra de un amor entregado hasta el extremo, y la de María, “salus populi romani” (salud del pueblo romano, y de todos los pueblos). A través de ellas, el Papa quiso llevarnos de la mano hacia la convicción de que, con Jesús, nos encaminamos a la alegría de una vida sin fecha de caducidad, a la alegría de la resurrección; y también hacia la esperanza de que María, como en Caná con aquellos novios poco previsores a los que les faltó el vino en su boda, está al quite para que “pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba”, tal como rezamos con esta hermosa oración:

«Oh María, tú resplandesces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás,
para que, como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas, que estamos en la prueba,
y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita».